

Este capítulo forma parte del libro:



***La experiencia vital femenina en la
academia mexicana contemporánea.
Repensar el género en diálogo desde
la autoetnografía***

**Susan Street
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes
- Centro de Investigaciones y Estudios Superiores (CIESAS)
- El Colegio de San Luis

País: México

Año: 2025

Páginas: 380 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-15-0 (UAA)

978-607-486-759-6 (CIESAS)

978-607-2627-49-9 (COLSAN)

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAU/978-607-2638-15-0>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/341>

UNA TRAYECTORIA ACADÉMICA A CONTRACORRIENTE

MERCEDES BLANCO
(CIESAS-CIUDAD DE MÉXICO)

Marcela Guijosa
In memoriam

Vuelvo a la poza en que nací y tengo al mundo contra mí.
Navego oleajes, venzo tormentas. Las que me esperan serán más cruentas.
Tantas feroces navegaciones y yo no cuento: somos billones.
Qué esfuerzo inútil: cada minuto pienso en la cuna, para mi luto.
Arde y me quema el agua salada y la que es dulce me sabe helada.
Al remontarla a contracorriente veo la ribera llena de gente.
Son mis verdugos, los pescadores. Lanzan anzuelos torturadores.
Si no me atrapan hombres odiosos caigo en las fauces de crueles osos.
Roto y exhausto, muy malherido, llego a la poza que es meta y nido.
Sufro martirio y tribulaciones para que existan otros salmones.
Cumplí mi sino: he multiplicado la guerra inútil. Todo ha acabado.
No habrá odisea de vuelta al mar pero otra vida va a comenzar.
Lo más terrible es que aún me toca ser la comida que entra en tu boca.

José Emilio Pacheco, “Rap del salmón”,
Tarde o temprano, [poemas 1958-2009] (2021).

Es bien conocido que los salmones, esos peces cuya carne nos gusta a tantos, presentan como parte de sus mecanismos de sobrevivencia el tener que nadar a contracorriente para lograr perpetuar su especie. El proceso es asombroso: nacen en ríos, por lo tanto, son de agua dulce, y en un cierto momento de su maduración viajan corriente abajo hasta llegar al mar. En el agua salada viven algunos pocos años, y llega otra época en que “saben” que tienen que regresar exactamente al mismo río donde nacieron. Ese trayecto resulta extenuante, según informan los especialistas, ya que tienen que remontar kilómetros nadando a contracorriente de grandes volúmenes de agua. Me ha venido esta imagen a la mente por cuanto, en términos generales, varias veces a lo largo de muchos años me he sentido precisamente así, como un salmón nadando a contracorriente: los estudios de la mujer, primero, la perspectiva de género después, la mezcla de modalidades de investigación cuantitativas y cualitativas, y ahora el ejercicio y la aceptación en el medio académico de la autoetnografía y la investigación narrativa, representan para mí esas piedras y flujos que hacen que el camino, a veces, llegue a ser difícil.

UN INICIO

—*¿Listas? O.K. Entonces, vamos caminando.*

Sí, estábamos más que dispuestas a transitar por las calles del llamado centro histórico de la ahora oficialmente Ciudad de México; desde mi infancia y hasta mi adulterez, simplemente “el centro” y el “D.F.”. No recuerdo con toda exactitud, pero seguro formábamos un grupo de unas treinta mujeres, si acaso cincuenta. Hacia los últimos años de la década de los setenta y los primeros de los ochenta, el naciente feminismo mexicano apenas estaba realmente iniciando (Bartra *et al.*, 2002).¹

¹ Por supuesto, hay una variedad de publicaciones con antecedentes que, por ejemplo, las historiadoras han estudiado tanto para México como para el resto del mundo; por mencionar sólo dos ejemplos: la lucha por el sufragio femenino en Europa y Estados Unidos, y la participación de las mujeres en la Revolución mexicana (Fernández Aceves, 2014; Tuñón, 1987), pero yo me estoy refiriendo aquí solamente al surgimiento del llamado movimiento feminista en la segunda mitad del siglo XX.

Esa primera marcha feminista en la que participé (hacia finales de los años setenta), que culminó en el zócalo, no estaba conformada por ningún grupo, digamos, formalmente establecido; más bien, nos juntamos algunas mujeres (la gran mayoría jóvenes) en respuesta a la convocatoria de tres o cuatro de ellas, que eran amigas entre sí, y cada una a su vez invitó a sus propias *cuatas*. Varias se dedicaban a las artes plásticas: recuerdo como en un *flashazo* que durante toda la manifestación dos o tres de las compañeras fueron arrastrando unas muñecas de trapo, de tamaño “natural”, que ellas mismas habían confeccionado. Muy probablemente, la marcha tenía a la despenalización del aborto como uno de sus ejes, una de las primeras banderas de reivindicación del feminismo mexicano.

El movimiento feminista de la década de 1970 se caracterizó por su espontaneidad, por sus manifestaciones escandalosas y por la militancia a través de pequeños grupos [...] Es preciso no olvidar que el movimiento surge en el seno de la clase media más o menos ilustrada (Bartra, 2002: 46-47).

Las afirmaciones que contiene la cita anterior me sirven como referencia propia: por un lado, para enmarcar mi participación en algunos eventos en la calle, que en ese entonces no eran realmente masivos pero sí colectivos, como el señalado; tampoco podía faltar el mitin en el Día de las Madres, ya que daba la entrada perfecta para que todas las mujeres que quisiéramos pronunciarnos en contra de la idea tradicional, o del estereotipo, de la “abnegada madrecita mexicana”, nos reuníramos en el mismísimo Monumento a la Madre (cercano a la avenida de los Insurgentes, una de las más importantes de la Ciudad de México).² Por otro lado, por lo menos durante un año y medio o dos formé parte de un pequeño grupo

² Me hizo cierta gracia, si no fuera lamentable que cualquier estructura se derrumbe en un terremoto, que “la madre” del referido monumento, una enorme figura de cantera, de vestido y rebozo, que cargaba un niño en brazos –y para el 2017 ya de setenta años– acabara tirada en el suelo, totalmente rota, debido al fuerte sismo del 19 de septiembre de ese año: “¡Ojalá esto sea un símbolo de que por fin se ha destruido el estereotipo de la ‘abnegada madrecita mexicana’!”, pensé cuando leí la noticia.

de mujeres que las estadounidenses llamaban *consciousness raising group*; a esta propuesta se le veía como una forma de activismo que tenía como telón de fondo aquella famosa idea de “lo personal es político”. No sé si en aquel momento todas entendíamos lo mismo al repetir esta corta frase que, ahora diríamos, se convirtió como en un mantra, pero ciertamente el comprometernos a participar con frecuencia en nuestro pequeño “grupo de conciencia” apuntaba a ese planteamiento. Empezamos reuniéndonos seis mujeres (tres éramos mexicanas y tres europeas; todas de clase media y con estudios universitarios). Funcionábamos a la vez como un grupo de estudio, ya que leíamos libros y artículos para luego discutirlos, y podría decirse que, sin ser esa la intención ni el principal objetivo, a veces parecía “terapia de grupo”, ya que hablábamos también de asuntos muy personales, de toda índole. La iniciativa la tomó una amiga con la que compartí la licenciatura; ella leía mucho y seguía lo que iba pasando en el movimiento feminista, sobre todo en Estados Unidos:

NYRW [New York Radical Women] empezó a practicar *consciousness-raising* seleccionando un tema relacionado con las experiencias de mujeres, tales como maridos, salir con alguien, dependencia económica, tener hijos, aborto y una variedad de otras cuestiones. Las integrantes del grupo de conciencia caminaban alrededor de la habitación, cada una hablando del asunto elegido. Idealmente, según las líderes feministas, las mujeres se reunían en pequeños grupos, que usualmente se componían de una docena de mujeres o menos. Se turnaban para hablar del tema y todas las mujeres podían hablar, así que nadie dominaba la discusión. Luego el grupo analizaba lo que había aprendido (Napikoski, 2019: s.p.).

Por mi cuenta, fui leyendo algunos de los libros que con el correr del tiempo se volvieron verdaderamente icónicos, se diría ahora. En aquel momento sólo era posible conseguirlos en inglés, y de hecho, nada más se podían comprar en Estados Unidos, cosa que yo hacía de vez en cuando al viajar en familia a ese país, donde mi mamá tenía varias primas que nos recibían para pasar Navidad y Año Nuevo. Entonces, para mí, un aliciente adicional de los viajes a Estados Unidos lo representaba la posibilidad de pasarme unos buenos ratos en conocidas librerías donde, me parece, ya contaban con la novedosa sección de *Women's studies*;

simplemente revisando los estantes, me enteré de algunas de esas obras señeras que en ese momento salían a la luz.

Entre otras publicaciones,³ en esta oportunidad destaco sólo dos, por un lado, porque representaron para mí lecturas muy importantes –aunque también lo fueron muchas más, entre ellas las que cito en la nota a pie de página–, pero sobre todo porque, al releer capítulos enteros y algunos artículos, éstos funcionaron como un disparador para que mi mente se remontara a mis veintitantes años. Por otro lado, porque de esta manera confirmé, como sostienen algunas autoras (Hirsch, 2008), que para la redacción de narrativas personales no nada más las fotografías resultan prioritarias porque nos impactan de inmediato visualmente, sino que hay otra serie de elementos (como escritos de todo tipo y, en este caso, libros y artículos publicados) que resultan de suma utilidad en la rememoración no sólo de datos diversos sino de las experiencias vividas.

En 1970 Kate Millet sacó a la luz el luego muy famoso libro *Sexual politics*.

FIGURA 1.

UN ANUNCIO DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL LIBRO SEXUAL POLITICS. TOMADA DE <[HTTPS://NEWREPUBLIC.COM/ARTICLE/131897/KATE-MILLETT-SEXUAL-POLITICS](https://newrepublic.com/article/131897/kate-millett-sexual-politics)>.



³ Firestone, 1971; Friedan, 1977; Greer, 1971; Rich, 1977.

Aunque no lo adquirí de inmediato, creo que llegó a mis manos en un momento muy adecuado (en la primera mitad de la década de 1970), ya que yo había empezado a estudiar la licenciatura en antropología social (1974), y grande fue mi sorpresa al ir encontrando referencias de autores y temas que, por lo menos para mí, y creo que para una gran mayoría, eran totalmente desconocidos, y que los profesores que tuve nos ponían en los cursos como lecturas obligatorias. Tal fue el caso, entre muchos otros de los que menciona Kate Millet, de autores del siglo XIX, como Bachofen (1861), que ya hablaban de la existencia del “matriarcado”, y por supuesto, del famosísimo Engels con su *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* (1884). En ambos libros se remontan a la prehistoria y a la evolución humana, temas que, por lo menos antes, eran de indispensable estudio en una licenciatura en antropología.

—¡Este libro lo tiene todo! No lo puedo creer, escrito por una mujer feminista que en México apenas muy pocos conocen y justo viene a tratar temas que ya se me volvieron de obligada lectura! ¡Ufff, qué suerte!

Eso pensé con entusiasmo conforme iba leyendo —casi devorando— el libro de Kate Millet.

Mi amiga y compañera de estudios, medio en broma, decía: ¡Mmmhhh, y yo que lo compré por el atractivo título de *Sexual politics* y resultó casi como los que de todos modos tenemos que leer! Bueno, claro, no es lo mismo, esta autora sí es moderna y feminista.

El segundo ejemplo pareciera de una lectura mucho más fácil y hasta de entretenimiento. Nada más lejos de la verdad, se trata de la revista *Ms.* Desde su título, o sea, el utilizar esta abreviatura, fue una propuesta (no exactamente inventada por la revista, pero sí la popularizó) para evitar catalogar a una mujer en el idioma inglés como *miss* ('señorita') o *Mrs.* ('señora'), de ahí la conjunción de ambas referencias. Una de sus cofundadoras fue Gloria Steinem, quien primero saltó a la palestra en 1969 con un breve artículo publicado en *New York Magazine*, y que a

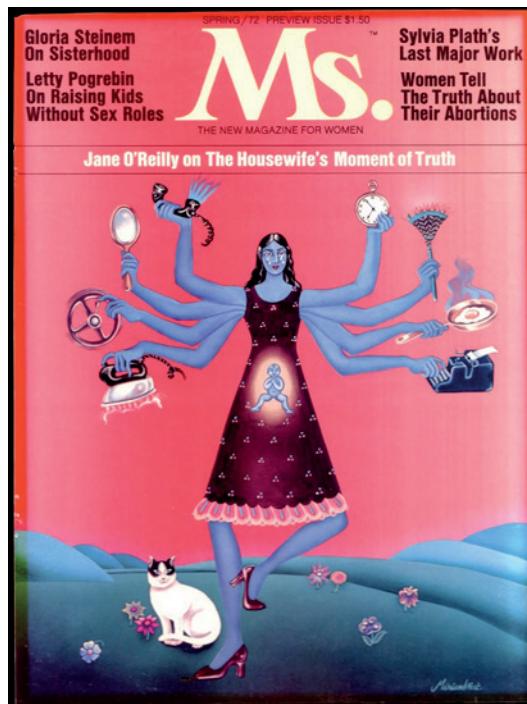
muchos les resultó francamente inquietante y hasta extremo: “After Black Power, Women’s Liberation”. Un breve fragmento da cuenta de esto:

Finalmente, las mujeres empezaron a “rapear” (hablar, analizar, radicalizarse) sobre su esencia de segunda clase, formando grupos y reuniones políticas dentro del Movimiento, de manera muy similar a como lo habían hecho los grupos del Poder Negro. Y una vez juntas ellas hicieron muchos descubrimientos: que compartían más problemas con mujeres de diferentes clases, por ejemplo, de lo que lo hacían con hombres de su misma clase; que se caían bien y se respetaban entre ellas (si las mujeres no quieren trabajar con mujeres, así como los negros suelen rechazar a otros negros, es usualmente porque creen el mito de su propia inferioridad), y que como los militantes negros siguen explicando a los liberales blancos, “tú no te radicalizas luchando las batallas de otras personas” (Steinem, 1969: 8).

El primer número de *Ms.* (figura 2) vio la luz en la primavera de 1972. Desde la portada, la imagen visual remite de inmediato a estereotipos que ancestralmente han atado a la mujer a las labores domésticas y a ciertas clases de trabajos: esa mujer presumiblemente de un país entonces llamado “subdesarrollado” o del “tercer mundo”, está embarazada, y como una deidad de la India cuenta con ocho brazos que le permiten ser, como se dijo muchos años después, *multitask*, o sea, hacer malabares para cumplir con la demanda de sus roles como madre, ama de casa y trabajadora fuera del hogar.

FIGURA 2.

JEWISH WOMEN'S ARCHIVE. "PREVIEW ISSUE OF *Ms.* MAGAZINE FRONT COVER, SPRING 1972". TOMADA DE <[HTTPS://JWA.ORG/MEDIA/FIRST-COVER-OF-MS-MAGAZINE](https://jwa.org/media/first-cover-of-ms-magazine)>, CONSULTADO EL 3 DE JULIO DE 2019.



El número de lanzamiento de esta revista contiene algunos artículos que tratan temas que también se volvieron de gran importancia y difusión; por ejemplo, la luego famosa frase de “yo quiero una esposa” fue acuñada en un texto relativamente corto que, en ese momento, contenía propuestas novedosas y que para mucha gente resultó algo así como un manifiesto radical y hasta escandaloso. El argumento central gira en torno a lo que luego se popularizó como la “doble jornada de trabajo” que muchas mujeres han desempeñado por siglos, y sin decirlo de esa manera, por supuesto, la desigualdad de género. He decidido reproducir sólo algunos fragmentos de este texto ya que dan cuenta de su novedad

en el momento de su publicación, así como de su vigencia, en muchos casos, casi cincuenta años después de haber sido escrito:

Yo pertenezco a esa clasificación de personas conocidas como esposas. Soy una esposa. Y por cierto, no incidentalmente, soy una madre.

No hace mucho un amigo mío apareció muy fresco de un reciente divorcio. Tenía un niño que, por supuesto, está con su exesposa. Obviamente, él ya está buscando otra esposa. Mientras planchaba una tarde, pensaba en él y de repente se me ocurrió que yo, también, querría tener una esposa. ¿Por qué quiero una esposa?

...quiero una esposa que se haga cargo de mis hijos.

Quiero una esposa que cuide de mis necesidades físicas. Quiero una esposa que mantenga mi casa limpia.

Quiero una esposa que cocine, una esposa que sea una buena cocinera.

Quiero una esposa que se ocupe de mí y que cuando esté enferma comprenda mi dolor...

Quiero una esposa que sea sensible a mis necesidades sexuales, una esposa que haga el amor apasionadamente y que tenga ganas cuando yo así lo sienta, una esposa que se asegure de que estoy satisfecha.

Quiero una esposa que me sea sexualmente fiel...

Y si se da el caso, y encuentro otra persona que me parezca mejor esposa que la que tengo, quiero tener la libertad de reemplazarla. Naturalmente espero una vida nueva y fresca; que mi primera esposa se haga cargo de los hijos y sea la única responsable para que yo quede libre.

¿Dios mío, quién no querría una esposa?" (Brady, 1972: s.p.).

ESFERAS INSTITUCIONALES

Cursé la licenciatura en antropología social (1974-1977) en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México, época en que, debo decirlo, tuve la fortuna de que en esos años se congregara en dicha institución una planta docente de primera; de hecho, varios (básicamente hombres y una sola mujer, según recuerdo) ya se encontraban en su camino de pleno ascenso hacia el Olimpo académico –sin la existencia del Consejo

Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) ni del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de por medio, pues aún no se creaban—. En otro texto doy cuenta brevemente, por medio de una narrativa personal, de mi trayectoria académica, que abarca desde que estaba en la licenciatura, la obtención del doctorado y hasta años posteriores.⁴ Busqué tener como telón de fondo, *grosso modo*, algunas de las opciones teórico-metodológicas que las ciencias sociales en México ofrecían en un periodo que abarca unas tres décadas. En el mismo lapso en que, por fin, obtuve el grado de licenciatura, me fui a vivir un año a Madrid, España. El objetivo central era académico; de hecho, pensé hasta hacer un doctorado allá, pero al estar ya *in situ* me di cuenta de que (espero no ofender a nadie) en aquel inicio de la década de 1980, en mi opinión, el nivel académico general en ciencias sociales en México era bastante superior, o dicho de otra manera tal vez más matizada, estaba mucho más desarrollado que el de España. Estando en aquel país, esta particularidad me fue perfectamente comprensible después de ver los resabios que aún quedaban del largo periodo oscurantista del franquismo. Esta situación de ninguna manera significó que yo me la pasara mal allá, todo lo contrario, ha sido uno de los años más felices de mi vida.

Aprendí muchas cosas; sólo por mencionar dos botones de muestra: por un lado, tuve la oportunidad de asistir a una variedad de charlas y conferencias, por ejemplo, recuerdo especialmente una que ofreció la legendaria Pasionaria,⁵ pues siendo ya una mujer muy mayor me impresionó su interés todavía presente por todo lo político. Por otro lado, también participé en algunos eventos en la calle; por ejemplo, en una de las esporádicas y pequeñas marchas que el también naciente feminismo español empezaba a organizar. Quién me iba a decir –bueno, mejor: quién le hubiera dicho al dictador Francisco Franco (fallecido en 1975) bajo cuyo régimen, en connivencia con la Iglesia, las mujeres vivieron

⁴ Puede consultarse una narrativa personal, que forma parte de un artículo más amplio de mi autoría (Blanco, 2012), que en parte es una síntesis, en tono autoetnográfico, de mi trayectoria académica.

⁵ Dolores Ibárruri (1895-1989), conocida mundialmente como la Pasionaria, fue de las pocas mujeres que tuvo una destacada participación política en la Guerra Civil que vivió España en la década de 1930. Durante muchos años formó parte y fue dirigente del Partido Comunista; impulsó el surgimiento de la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

subordinadas y oprimidas— que ya para el siglo XXI una manifestación feminista en España puede llegar a conglomerar medio millón de personas (entre mujeres y hombres, en mayor número las primeras, por supuesto).

Al regreso de España, llegué a México casi al mismo tiempo que el entonces presidente de la república José López Portillo nacionalizó los bancos (1.º de septiembre de 1982). En ese contexto de desconcierto económico nacional empecé a buscar trabajo, pues la etapa del “sueño europeo” había terminado y lo que seguía, digamos casi inevitablemente, era conseguir un empleo “formal”, ganar mi propio dinero e independizarme. Así, en 1983 trabajé todo el año en una dependencia del gobierno del Distrito Federal que estaba relacionada con el tema ecológico. Mi idea inicial, o tal vez mero deseo, era estar en un medio que me permitiera participar en “cuestiones prácticas”, en síntesis, en políticas públicas (por ejemplo, el tema del urbanismo me atraía mucho) que contribuyeran a cambiar “este mundo tan injusto y desigual”... Sí, pronto lo viví: no era tan fácil, sino más bien *naïve*. Ciertamente, para mí fue un claro ejemplo de un entorno donde primaba la verticalidad institucional impositiva del gobierno y también del machismo en un medio en el que había muchos hombres de las típicas carreras masculinas como la ingeniería y la arquitectura. Estuve ahí un año y terminé renunciando no sólo por lo anterior, sino porque, para remate, cualquier iniciativa de creatividad, como la que presenté en torno a un problema ambiental y urbano de la zona de Xochimilco (una solución para manejar la planta del lirio acuático, ya que constituye una maleza que representa una plaga nociva en los canales navegables), fue, para mi sorpresa, mal vista por mis jefes, y por supuesto, no recibí ningún apoyo en el intento de llevar a cabo un proyecto que, a la postre, podría haber tenido un sentido práctico y útil para las comunidades chinamperas.

Así, después de pensarlo y recabar alguna información, me quedó claro que el medio académico me era mucho más afín. Acudí personalmente a varios sitios (entre otros, a la Universidad Nacional Autónoma de México), y finalmente fui a tocar la puerta al muy recién nacido Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) de El Colegio de México. En aquel 1983, el PIEM apenas estaba conformado por Elena Urrutia y una secretaria que la apoyaba. Ciertamente, yo

sabía quién era la profesora Urrutia, aunque fuera sólo en su calidad de cofundadora de la revista *fem*, lo cual siempre admiré; entre otras cosas, formó parte del consejo editorial y colaboró durante años en esa revista reconocida como feminista desde su origen, en 1976.⁶

—Toc-toc —con cierto nerviosismo, y sin previa cita, me atreví a tocar directamente en la puerta del cubículo de Elena Urrutia. De inmediato escuché una voz que dijo simplemente: “Adelante”.

—Buenos días. Usted no me conoce, mi nombre es... —y de ahí me seguí con una breve y formal presentación al cabo de la cual de plano le dije directamente a la profesora Urrutia que me gustaría trabajar ahí, en el PIEM. Ella, amablemente, pero, según yo, con cara de que estaba pensando “qué ingenua es ésta”, me dijo escuetamente que de momento era imposible pues el programa apenas iba comenzando actividades, y de hecho, no estaba contemplado, en ese momento, contratar a nadie... Tal vez más adelante... Y sí, pasaron como ocho años cuando finalmente estuve un año (1991) trabajando en el PIEM.

No sé si esa fue la gota que derramó el vaso, como dice el cliché, porque decidí no seguir buscando trabajo en el medio académico. Es decir, en primera instancia yo había tenido en mente desempeñar una actividad laboral, y de momento, no volver a ser estudiante. Después de mi infructuosa búsqueda —y teniendo claro que no quería formar parte de la administración pública—, empecé a pensar en la posibilidad de ingresar en alguna “institución de educación superior de prestigio”, tal como el

⁶ *fem. Publicación feminista trimestral*, vol. I, núm. 1 (octubre-diciembre de 1976) / \$30.00 / Editada por Nueva Cultura Feminista, S.C. Dirección Alaíde Foppa/Margarita García Flores. Consejo editorial: Elena Poniatowska, Lourdes Arizpe, Margarita Peña, Beth Miller, Elena Urrutia, Marta Lamas, Carmen Lugo. Afortunadamente, hoy es posible releer y consultar todos los números completos de la revista *fem* gracias a la tarea de digitalización que ha llevado a cabo la UNAM. (<<http://archivos-feministas.cieg.unam.mx/publicaciones/fem.html#fem>>).

propio Colmex; pero en esa época El Colegio de México prácticamente no contaba con maestrías, sino básicamente doctorados, y yo sólo tenía la licenciatura. Literalmente busqué consejo, y dos profesoras que yo conocía me sugirieron lo siguiente: en primer lugar, si yo quería eventualmente tener un trabajo en el medio académico, cada vez se hacía más necesario contar con estudios de posgrado, la licenciatura empezaba a no ser suficiente (“ya es casi como tener sólo la preparatoria”, comentó una de ellas). En segundo lugar, ambas coincidieron en que una muy buena opción sería tratar de ingresar a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Y digo tratar porque, en ese momento, y creo que hasta ahora, no era del todo fácil ingresar a esta institución ya que, por ser un organismo internacional, su reglamento estipulaba que sólo aceptaba un 30 % de estudiantes mexicanos, del total de una promoción (aprox. 30), ya que el resto de las plazas estaban destinadas básicamente a jóvenes de toda América Latina. Después de estudiar algo de matemáticas y temas varios de ciencias sociales durante meses, por mi cuenta me presenté al examen que era obligatorio para entrar a Flacso y empecé mi maestría en 1984. Ciertamente, éste fue uno de los *turning points*⁷ en mi carrera académica porque no sólo fue fundamentalmente en Flacso donde aprendí los cánones básicos de la investigación en ciencias sociales y los puse en práctica, sino porque después de un rígido sistema académico, eso sí, de “muy alto nivel”, como se decía, ya no tuve dudas de que era precisamente el medio académico y no el gubernamental en el que me interesaba y donde quería estar de ahí en adelante.

Pronto se me presentaría otro *turning point*: precisamente durante el primer año de estar cursando la maestría, literalmente en la institución casi vecina a Flacso, geográficamente me refiero, o sea, nuevamente El Colegio de México; como parte de las actividades del PIEM, tuve la oportunidad de asistir a uno de los primeros seminarios académicos

⁷ Más adelante hago referencia a cómo tuve conocimiento del enfoque teórico-metodológico que, entre otros, adoptó como uno de sus conceptos importantes. De momento reproduzco la siguiente definición de *turning point*: “Se trata de eventos que provocan fuertes modificaciones y que, a su vez, se traducen en virajes en la dirección del curso de vida. [...] Se presenta un cambio que implica la discontinuidad en una o más de las trayectorias vitales. [...] Por lo general, un *turning point* implica un cambio cualitativo en el largo plazo del curso de vida del individuo” (Blanco, 2011: 13).

(1984-1987) que surgieron en la ciudad de México con lo que ahora todo mundo llama muy familiarmente “perspectiva de género”.

—Buenos días a todas. —Con un saludo tan escueto y tan usual comenzó aquel seminario-taller.

La voz de la Dra. Orlandina de Oliveira sonaba clara, segura, en aquella sala de El Colegio de México a la cual llegamos unas ochenta mujeres, con una variedad de perfiles, es decir, aunque tal vez alguien hubiera esperado que por tratarse de una institución de educación superior, tradicionalmente identificada con actividades de docencia e investigación, acudirían básicamente mujeres interesadas en lo académico, también llegaron militantes feministas e integrantes de las entonces llamadas ONG (organizaciones no gubernamentales).

En algún momento, la entonces para mí Dra. Orlandina de Oliveira (con el correr de los años Lana, como todos sus amigos le llaman), habló claramente de algunas de las reglas del juego, y del objetivo final del seminario: lograr que cada una de las participantes produjera un texto de calidad publicable. Claro, primero íbamos a leer una variedad de artículos y libros, lo cual por supuesto se cumplió, y para mí representó una puerta que se me abría a un mundo que, si bien no me era del todo desconocido, me resultó fascinante en ese momento. Para mi gran sorpresa, a la segunda sesión del seminario ya sólo acudieron unas veinte o veinticinco mujeres;⁸ yo me preguntaba en silencio: ¿dónde habían quedado las otras cincuenta, por qué ya no fueron?

Desde entonces sentí y presencié esa especie de dilema que en no pocas ocasiones ha llevado a acalorados debates —y que algunas mujeres han logrado combinar y equilibrar, pero que no ha resultado nada fácil—: el de ejercer, por decirlo de alguna manera, a la vez como militante

⁸ Para un recuento y reseña de cómo se dio el proceso de formación y funcionamiento del citado seminario-taller, véase Corona y Sepúlveda (1989).

feminista y académica con el cumplimiento de todas las actividades que se espera que una profesora-investigadora “debe” cumplir (incluyendo ahora, casi necesariamente, formar parte del llamado Sistema Nacional de Investigadores que se creó en 1984). En aquel seminario-taller (1984-1987) dicha situación estuvo presente desde el primer día.

Después de muchas y muy enriquecedoras reuniones, siempre en el espacio que proporcionó El Colegio de México, y con el entusiasmo y trabajo que otorgó Orlandina de Oliveira, finalmente en 1989 salió publicado el libro *Trabajo, poder y sexualidad*. Se abordaron cuatro ejes temáticos: trabajo y reproducción; represión y lucha por los derechos humanos; mujer, política y poder; identidad: sexualidad, fecundidad y anticoncepción. Mi texto forma parte de la primera sección; lo que elaboré fue una síntesis de mi tesis de maestría que giró alrededor de la pregunta sobre cuáles eran los patrones de división del trabajo doméstico, en hogares de clases medias, cuando la mujer desempeña a la vez los roles de esposa-madre-ama de casa y también de asalariada. Por cierto, haberme interesado en el estudio de las llamadas clases o sectores medios representó un desafío más en el perseverante trayecto a contracorriente del salmón que llevo dentro: por ejemplo, cuando estudié la licenciatura en antropología social era casi un implícito, por no decir que prácticamente una obligación, hacer trabajo de campo en el medio rural, pues ni siquiera la antropología urbana era bien vista. Así que, efectivamente, como señala una profesora de larga data en el feminismo académico mexicano, esta vez con sede en la Universidad Autónoma Metropolitana: “En México, la entrada en la academia [del feminismo, de los estudios de la mujer, primero, y luego de la perspectiva de género] no fue ni fácil ni rápida” (Bartra, 1997: 206).

Cuando terminé la maestría, ya no tuve duda de que quería seguirme de inmediato con un doctorado. Fue precisamente gracias a una de las tantas materias que llevé en el doctorado en ciencias sociales con especialidad en estudios de población, de El Colegio de México, que me enteré de que existía algo llamado “el enfoque del curso de vida”.⁹

⁹ El enfoque del curso de vida investiga fundamentalmente cómo los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales configuran las vidas individuales y los agregados poblacionales (cohorte o generaciones).

En México era aún casi desconocido, y la joven profesora (Dra. Norma Ojeda) que nos introdujo al tema era una mexicana que recientemente había terminado su doctorado en Estados Unidos, donde ella había tenido conocimiento de esta perspectiva interdisciplinaria y había elaborado su tesis con este marco de referencia. Una de las razones por las cuales me encantó este enfoque es que, de entrada, es interdisciplinario ya que se nutre tanto de las ciencias sociales como de la historia y la demografía. A mí me gustó tanto el enfoque del curso de vida que mi deseo era que esta profesora pudiera dirigir mi tesis. Fue imposible, básicamente, porque los directivos del centro en el que yo estaba argumentaban que ella aún estaría un buen tiempo en Estados Unidos (donde a la postre decidió quedarse a vivir), lo cual haría la comunicación muy difícil, es decir, poco frecuente; en fin, que ella como directora no podría dar seguimiento cercano a mis avances en la investigación y la elaboración de la tesis. Aunque estábamos en la segunda mitad de la década de 1980, el internet era todavía un absoluto coto de caza privado, ninguno de los estudiantes teníamos una computadora propia, pues era verdaderamente un artículo de lujo por su elevado precio, el correo electrónico en México sólo lo usaban algunos privilegiados. Yo recuerdo que aún en el primer año del nuevo milenio el uso del correo electrónico no era nada accesible; por ejemplo, las empresas que ofrecían el servicio privado fijaban horas de uso, es decir, había que estar pendiente del reloj para no pasarse, por ejemplo, de las dos horas diarias que incluía el contrato, porque de no ser así el costo del servicio se elevaba de forma considerable. Así que, tal cual, otra vez, como un salmón nadando a contracorriente, no pude remontar todos los obstáculos que implicaba tener como directora de tesis a una profesora que no vivía en la ciudad de México y tuve que alinearme a las reglas del juego del programa de doctorado.

En adición, el doctorado en estudios de población que yo cursé tenía como consigna que las investigaciones para las tesis presentaran un carácter básicamente estadístico (esto ya no es así ahora, afortunadamente). Así que mi otra intención, la de introducir una buena parte de una mirada cualitativa en mi tesis de doctorado, tampoco fue posible.

Tres son los conceptos básicos o ejes organizadores del análisis del curso de vida: trayectoria, transición y *turning point* (Elder, 1999).

Por ello, en parte... sólo en parte... no sé si en algún momento me sentí como dice una frase del poema de José Emilio Pacheco que puse de epígrafe: "Si no me atrapan hombres odiosos, caigo en las fauces de crueles osos". Quiero aclarar que de ninguna manera busco transmitir que estaba yo en una condición de víctima ni tampoco que mi paso por El Colegio de México representara para mí una pesadilla, como algunos de repente llegan a decir de sus propias experiencias; todo lo contrario, aunque hay personas que no me lo creen, a mí me gustó mucho estar en dicha institución, y por supuesto, para mí representó aprendizajes de diferentes tipos aunque, sí, efectivamente me topé con las circunstancias mencionadas. Hubiera preferido no verlas yo como obstáculos, pero de ninguna manera me arrepiento de haber elegido dicha institución para obtener un grado de doctorado ni tampoco en cuanto a la vertiente disciplinaria en la que me inscribí en ese momento, la de la sociodemografía.

Terminé haciendo una investigación sobre el empleo público en México, sobre esa burocracia a veces tan vilipendiada (a veces con razón, otras no), pero como no me fue posible entrar a la parte cualitativa precisamente de los burócratas de carne y hueso, la abordé como un importante y grande mercado de trabajo que, como conclusión y hallazgo, resultó que, como conjunto y bajo el largo periodo estudiado (1920-1988), fue posible demostrar que ha funcionado a contracorriente de prácticamente todos los mercados de trabajo en México (¡qué casualidad que hasta sin buscarlo se me apareció el fenómeno de ir a contracorriente!). Lo anterior quiere decir que no sólo el empleo público se fue expandiendo constantemente durante muchos años (el periodo de crecimiento más acelerado del empleo público corresponde al sexenio del presidente Luis Echeverría [1970-1976]), sino que, en términos generales, durante años tuvo una dinámica inversa a la de la mayoría de los mercados de trabajo, o sea, cuando había crisis económicas y los mercados se contraían, el empleo público representaba una especie de válvula de escape ya que proveía de empleo (en muy diversas ramas y niveles) a parte de la población mexicana; incluyendo el medio académico, por ejemplo, fue durante el mandato de Luis Echeverría que se creó la Universidad Autónoma Metropolitana (1974). La tendencia histórica de

crecimiento del empleo público empezó a revertirse bajo el régimen del presidente Miguel de la Madrid (1983-1988).

Posteriormente, en el marco de otro seminario que también funcionó como parte de las actividades que seguía llevando a cabo el PIEM, ahora coordinado por la Dra. Ma. Luisa Tarrés, del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, me propuse dar cuenta específicamente de la situación de las mujeres dentro del empleo público (Blanco, 1992). Como podrá suponerse, la mayoría de la información disponible que utilicé en mi tesis de doctorado se refería básicamente a los hombres, pues simplemente no había un desglose por sexo. La indispensable tarea de construir bases de datos con una distinción por sexo (ya no digamos bajo una perspectiva de género), durante años representó ciertamente una tarea de reivindicación feminista que llevaron a cabo aquellas investigadoras especializadas en la disciplina estadística y las técnicas cuantitativas.¹⁰ Como más adelante haré referencia a ello, este esfuerzo respondía a la necesidad de hacer visible lo invisible, uno de los ejes básicos de la perspectiva de género.

Prácticamente haciendo el examen de grado del doctorado, concursé por una plaza de investigadora de tiempo completo, y la obtuve en 1993. El Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) fue creado en 1973 por algunos de los que habían sido mis profesores en la licenciatura (como el Dr. Angel Palerm). Llegué a la que ha sido mi institución de adscripción por un poco más de veinticinco años con el foco puesto en seguir investigando sobre la participación de las mujeres en los mercados de trabajo y ahondar en la articulación familia-mujer-trabajo. Grande fue mi sorpresa cuando algunos colegas, a veces en una charla de pasillo, me llegaban a decir algo así como: “¿Es

¹⁰ En México destacan como pioneras las doctoras Teresa Rendón (1975) y Mercedes Pedrero, quien también fue mi profesora en el doctorado. De esta última autora véase la obra publicada en 2018, donde se ofrece no sólo una antología de los principales textos que la Dra. Pedrero publicó desde la década de 1970 sobre la captación de las estadísticas sobre trabajo, la medición del trabajo doméstico y otros temas, o sea, abarca varias de las problemáticas niales en el amplio mundo del trabajo; y esta publicación cuenta con la inusual característica de que al final del voluminoso libro la autora incluyó una sección dedicada a lo que llama algunos pasajes de su vida, que abarcan desde su muy inicial infancia hasta el momento en que terminó de escribir esta importante obra.

necesario que sea tan evidente en tu proyecto tu interés por los estudios de la mujer?”. Increíble, pero incluso alguien me llegó a espetar: “Mejor trata de disimular o disfrazar un poco la preeminencia que le estás dando al estudio de todo lo femenino” (*¡sic!*). Ni falta hace decir que mi espíritu de salmón se sintió nadando no sólo a contracorriente, sino en el cauce de un río verdaderamente turbulento. Con el correr de los años, por fortuna más colegas se fueron interesando en la perspectiva de género (básicamente mujeres, claro) y aquellos más reacios no creo que hayan cambiado de opinión, pero por lo menos la expresan de forma menos abierta.

Durante una buena cantidad de años, aunque por supuesto mi centro de trabajo era, y sigue siendo, el CIESAS de la ciudad de México, seguí teniendo bastante contacto con El Colegio de México y con el PIEM en particular (por ejemplo, en la docencia, con alguna dirección de tesis, la frecuente asistencia a conferencias, eventos... y hasta fiestas). Además, otro de los motivos para ir con cierta regularidad al Colmex es que junto con una amiga y colega demógrafa (Dra. Edith Pacheco) empecé a trabajar a dúo en la segunda mitad de la década de 1990, primero en el tema mencionado de mujeres en los mercados de trabajo y la articulación familia-mujer-trabajo. Luego, empezando el actual milenio, nos aventuramos por un campo, de nuevo aún un tanto poco trabajado, conocido en inglés como *mixed methodology* y que consiste, en pocas palabras, en la combinación de fuentes de información cualitativa y cuantitativa. No se trata simplemente de, por ejemplo, (cosa que obviamente se hacía) utilizar datos numéricos para conformar un contexto que sirva de referencia a una investigación de corte cualitativo, sino de, digamos coloquialmente, meter en una licuadora información cuali y cuanti para manejarlas de forma combinada. Para poner en práctica una metodología mixta es necesario tener mucha *expertise* en técnicas estadísticas, precisamente la especialidad de Edith; claro, lo mío, lo mío, era la mirada cualitativa. En esta ocasión por lo menos no tuve que nadar sola a contracorriente.

De los años noventa, en cuanto a la colaboración a cuatro manos y la coautoría con Edith Pacheco, quiero destacar dos cuestiones: la primera se dio en 1995, cuando viajamos a China para asistir a la IV Conferencia Internacional de la Mujer, que se llevó a cabo en Beijing, como parte de

un grupo formado desde la Sociedad Mexicana de Demografía, y presidido por la Dra. Brígida García, otra de mis profesoras en el doctorado que dejaron una fuerte impronta en mi trayectoria de investigación. No voy a ahondar en este tema aquí puesto que ya contamos con un texto que apareció en una revista en línea –una “duoautoetnografía”– donde abordamos conjuntamente lo que ese viaje representó para cada una: muy en síntesis, fue como ir a otro planeta (Blanco y Pacheco, 2018).¹¹ La segunda cuestión, en parte, también tiene que ver con ese viaje, o más específicamente, con la posibilidad de elaborar algunos artículos que se publicaron y cuya confección se dio tanto antes como después de tener la gran oportunidad de ir a Beijing.

Aquí quiero destacar sólo uno, porque para mí conllevó un proceso por medio del cual creo yo que finalmente me quedó más claro cómo tratar tanto de aterrizar la perspectiva de género, o por lo menos llevar a cabo un ejercicio de “operacionalización” –como dos de mis principales profesores de estadística (Dr. Fernando Cortés y Dra. Rosa María Rubalcava) enseñaban tanto en la Flacso como en el Colmex–, y después, cómo transmitirlo a los eventuales estudiantes o públicos varios. En “Tres ejes de análisis en la incorporación de la perspectiva de género en los estudios sociodemográficos sobre trabajo urbano en México” (Pacheco y Blanco, 1998), sistematizamos y hacemos la propuesta de que para aplicar una perspectiva de género deben estar presentes tres hilos conductores:

1. “HACER VISIBLE LO INVISIBLE”: esta idea y frase se convirtió en casi un *slogan* en diversas publicaciones, de autores con diferentes enfoques disciplinarios; por ejemplo, en el amplio mundo del trabajo se refería, en primer lugar, a la necesidad de documentar, informar, relevar, la creciente participación de las mujeres en los mercados de trabajo, llámese trabajo asalariado, o la idea más amplia de “trabajo extradoméstico”. Después de sacar a la luz cualquiera que sea el fenómeno o situación que ha permanecido oculto o por lo menos no tomado en cuenta, como

¹¹ Hay que tomar en cuenta que no se trataba de la China del nuevo milenio, sino de 1995, cuando todavía era posible observar y experimentar buena parte de lo que debió haber sido la China de Mao (Blanco y Pacheco, 2018).

el propio trabajo doméstico que usualmente han llevado a cabo las mujeres, pasamos a:

2. “EL SEÑALAMIENTO DE LAS DIFERENCIAS”: para empezar, algo tan simple en apariencia como el desglose de todo tipo de información por sexo. Por ejemplo, en el ámbito laboral resultó muy claro que hombres y mujeres estaban insertos en diferentes ocupaciones, no se les pagaba salario igual por trabajo igual, en fin, los mercados de trabajo están segmentados por género.
3. “CÓMO LAS DIFERENCIAS DEVIENEN EN DESIGUALDADES”: un asunto es ser diferentes y otro es que, con base en esas diferencias, el resultado sea una desigualdad crónica. Por supuesto, resulta el eje más difícil de manejar. “Frecuentemente se ha considerado a la división sexual del trabajo como una de las vías fundamentales para buscar explicaciones sobre el proceso que transforma la diferencia en desigualdad” (Pacheco y Blanco, 1998: 84).

UNA VUELTA DE TUERCA

Después de haber estado poco más de veinte años (desde que fui estudiante de maestría hasta aproximadamente la primera mitad de la década de 2000) en el campo de estudio de los mercados y la fuerza de trabajo, una profesora de la UAM-Xochimilco nos invitó a Edith Pacheco y a mí a asistir a un congreso que se celebra año con año en Estados Unidos: quién me iba a decir que, una vez más, y de hecho con mayor dificultad, habría de nadar a contracorriente y aparecería un nuevo *turning point*, bueno, no sólo nuevo, sino tal vez el definitorio de lo que pueda quedarme de actividad en el ámbito académico-laboral. En 2006 asistimos Edith y yo por primera vez al Third International Congress of Qualitative Inquiry (University of Illinois at Urbana-Champaign), donde presentamos en coautoría una ponencia todavía enmarcada en la *mixed methodology*. A las dos nos pareció un tipo de congreso muy diferente a los que habíamos asistido por años; nos gustó, entre otras cosas, porque nos resultó sorprendente, por ejemplo, la posibilidad de que una “ponencia académica” pudiera presentarse a manera de *performance*. Ahí escuché en vivo y en

directo por primera vez a Carolyn Ellis, a quienes muchos en Estados Unidos consideran algo así como la figura fundante de la autoetnografía evocativa. Quedamos tan entusiasmadas que regresamos al año siguiente, volvimos a presentar una ponencia en coautoría, ahora utilizando el enfoque del curso de vida y con un tema que buscaba interrelacionar el ámbito laboral con las trayectorias de vida de otra índole (escolar, conyugal, reproductiva) de mujeres mexicanas. Pero en ese 2007 yo me atreví, no sin cierta inseguridad, a hacer además una presentación individual en la que ya utilicé el término *autoetnografía*, aunque creo que más bien estaba centrada en lo que se conoce como triangulación de métodos.

Nuevamente estuvimos en el congreso de Urbana (como muchos de los asistentes lo llaman de forma coloquial) dos años después, y la ponencia que llevé en esa ocasión finalmente terminó siendo publicada en 2010 con el título de “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarrillo”. Este texto, en principio, surgió por completo fuera de la academia, pues formó parte de un tratamiento que llevé durante un año (en la Clínica del Tabaquismo de la UNAM) para lograr dejar de fumar, cosa que hice a la postre. Desde entonces, la mayoría de mis publicaciones y mi línea de investigación central cambió de manera radical, ciertamente un *turning point*: dejé en segundo plano los mercados y la fuerza de trabajo, y empecé a meterme más a fondo, de manera autodidacta, tanto a la autoetnografía como a dos vertientes anglosajonas conocidas como *narrative inquiry* y *narrative research*;¹² que si bien surgieron en países diferentes (Estados Unidos, Canadá e Inglaterra), y con figuras señeras que escasamente se conocen entre sí, a mí me parece que estos enfoques están relacionados, o yo les he querido buscar comunes denominadores (Blanco, 2017). Así fue como llegué, dentro del campo académico, a la autoetnografía; por otro camino fui a dar al ámbito de los llamados ahora talleres de escritura creativa, sin los cuales –bueno, en realidad sin el cual, en singular, porque ha sido sobre todo un espacio, al que enseguida me referiré, el que me ha resultado más útil– mi incursión por ese bosque con muchos árboles distintos que es la narrativa seguramente hubiera sido no sólo

¹² Por cierto, en el citado congreso de Urbana; estas dos vertientes prácticamente son ignoradas.

como nadar a contracorriente sino atrapada en un líquido que prácticamente se ha congelado.¹³

La verdad no puedo precisar qué fue primero, como dice la archisabida frase, la gallina o el huevo: si primero me interesé (cuando todavía no asistía a ningún taller de escritura creativa o narrativa) por la posibilidad de poder escribir de una manera que no fuera la que por tradición se ha usado en el medio académico, aun en las ciencias sociales, y en la antropología, o sea, siguiendo ciertos cánones explícitos e implícitos que cada vez me parecían más rígidos y limitantes, o si a raíz de mi encuentro con la autoetnografía me di cuenta de que si quería por lo menos hacer la prueba de adoptar dicha vertiente de investigación cualitativa necesariamente tenía que “aprender” o buscar la manera de ejercitarme en una manera diferente de escribir.

Como bien decía don Segismundo Freud, los olvidos son selectivos pero, por supuesto, también lo es mucho de lo que elegimos... consciente o inconscientemente. Así, con la compra de dos libros, en la librería Gandhi de Coyoacán, en la ciudad de México, de una autora que me sonaba (Guijosa, 2004; Guijosa e Hiriart, 2003), pero que de momento no ubiqué, llegué a un taller de escritura autobiográfica que ella impartía. ¡Cómo no me iba a sonar el nombre de Marcela Guijosa!, si participó durante años (desde el final de la década de 1980 hasta el inicio del nuevo milenio) en la ya referida revista fem, por medio de una colaboración a la que llamó “Querido diario”.

En uno de esos libros venía como referencia una dirección de correo electrónico de Marcela. Me dije, le voy a escribir, aunque pensé que la verdad o no me iba a contestar o podía ser que ese email ya ni estuviera vigente. Cuál va siendo mi sorpresa de que no sólo sí me respondió, bastante rápido, sino que me vino verdaderamente como anillo al dedo que me informara que en breve ella iniciaría un taller de escritura autobiográfica, con pocas personas, que si me interesaba incorporarme, pues adelante... Vaya, hasta

¹³ He participado en algunos otros talleres (en la ciudad de México y en Madrid, España) de corta duración (unos tres meses cada uno), pero al que me refiero en el presente texto ha resultado el más significativo para mí.

el sitio me quedaba de maravilla, pues me podía ir a pie desde donde yo vivía. Por ahí de febrero de 2007 asistí a la primera sesión de lo que durante aproximadamente siete años fue para mí, y las compañeras que conocí en ese espacio, simplemente –entrañablemente– “el taller de Marcela”. Nos reuníamos cada semana, en un día y horario fijo (los sitios donde nos veíamos fueron tres en esos años, pero todos por el rumbo de Coyoacán).

La actividad específica del grupo era básicamente la escritura de pequeñas narrativas autobiográficas, o sea, cada semana teníamos tarea: escribir un texto breve, podían ser dos hojitas, a veces tres, sobre un tema en el que se quedaba la semana previa, por lo regular a sugerencia de la coordinadora del taller, obviamente la propia Marcela Guijosa, aunque con el correr del tiempo cada una fuimos también proponiendo temas para trabajar. Nunca pasamos de seis o siete mujeres,¹⁴ número ideal para un taller de este tipo porque cada semana todas podíamos leer nuestros escritos y recibir comentarios, por supuesto, sustancialmente de la coordinadora, pero claro que también de las compañeras. Eso sí, seguimos funcionando todos esos años en modo papel: cada quien llevaba las copias suficientes para compartir con todas las participantes, nada de mandar por correo electrónico el archivo en Word. Y ya una vez reunidas, con hojas en mano, era otra de las asistentes, y no la autora del breve texto, la que leía lo correspondiente a cada sesión. Yo nunca había hecho este ejercicio, pero en efecto, el oír algo que una ha escrito en voz de otra persona permite, entre otras cosas, escuchar con cierta distancia, identificar errores, pensar que mejor hubiera puesto otra palabra o frase... ciertamente útil. A mí me gustó mucho ir a ese taller, no sólo me la pasaba bien, me gustaba hacer las tareas, que me corrigieran los textos, y sí siento que me sirvió de forma considerable el haber sido constante durante años.

¹⁴ No es que se hubiera puesto como requisito para participar en el taller el que no asistieran hombres, simplemente no hubo solicitudes.

Cada semana que me iba caminando al restaurante que ahora se había vuelto nuestro sitio de reunión, después de haber estado por bastante tiempo en dos casas particulares diferentes, pensaba: qué suerte la mía, no sólo me queda cerca, me puedo hasta ir a pie, y además camino por esta calle que siempre, literalmente, desde niña, me ha gustado tanto. Y continuaba con mis reflexiones: ¿cómo es posible, no me lo explico, de dónde saqué yo desde pequeña que quería vivir exactamente en la calle de Francisco Sosa, en pleno Coyoacán? Bueno, mal gusto no tenía. Con lo que no conté es con lo carísima que es esta zona... es que hay unas casas coloniales que me encantan... Mmmhhh... ¿Sería porque desde que yo recuerdo la historia me ha gustado?... ¿Cómo se llamaba aquella revistilla que a mucha gente le parecía raro que leyera una adolescente como yo?... Creo que Tradiciones y leyendas de la Colonia... ¡Sí, ésa era!... ¡Uuuuff!... Lo que he pensado desde hace tiempo: debí haber hecho maestría y doctorado en historia... En fin. El trayecto me tomaba unos quince minutos, con poco tráfico, seguramente por la hora, en plena mañana: ¡para una vez que no importaba porque iba a pie!

—Good morning, Marcelita, how are you? —Yo sabía que a la “Miss” no le gustaba mucho el idioma inglés, o tal vez más bien era que admiraba la lengua castellana, por eso se dedicaba a conocerla, a cultivarla, a utilizarla en sus libros y publicaciones; precisamente por ello era como una bromita para iniciar la reunión.

Cada una pedíamos un café y algún pan y... a darle... Aunque siempre había cuestiones desde personales hasta de comentarios de literatura que queríamos platicar pero de repente Marcela decía:

—Vamos a empezar con tu texto, Mercedes. ¿Quién lo quiere leer?

No cabe duda que hasta leer en voz alta tiene su chiste; a veces a unas nos salía mejor que a otras. Claro, el objetivo no era leer bien o bonito, pero si es posible, mejor.

La primera tarea que llevé al taller mereció el siguiente comentario de Marcela:

—A ver, Mercedes, te tiene que quedar claro que aquí no estás en El Colegio de México, aquí no queremos que nos traigas artículos académicos de tu autoría, aquí se trata de que aprendas a escribir de otra manera, ¿por eso viniste, verdad? Entiendo que es tu deformación profesional pero poco a poco te tienes que proponer, si es necesario, dar un giro de 180 grados o tal

vez en el mejor de los casos –bueno, no sé si sea el mejor escenario– que seas versátil y puedas escribir de diferentes maneras según el tipo de texto que quieras producir... Pero definitivamente este tu primer ejercicio no va por ahí para este taller.

Al inicio, dado que apenas estaba conociendo a Marcela y a las compañeras, me resultó un tanto desconcertante el comentario, y no sé si hasta me causó un poco de angustia porque... ¿cómo iba yo a hacer las tareas que seguirían? Claro, con el paso del tiempo, por supuesto, pensé que el señalamiento había sido totalmente atinado. No sé si con los años he logrado lo que Marcela me proponía, por lo menos lo he intentado y ese proceso no solamente me ha gustado, sino que me ha llevado a situaciones que en ese momento no tenía ni en mente, como promover un seminario académico que tuviera a la práctica de la narrativa como su centro.

Y así llegó el año 2013 cuando, por fin, me decidí a lanzar una convocatoria para echar a andar en 2014 un Seminario Permanente de Investigación Narrativa. En principio, deliberadamente me ubiqué en un *low profile*, dijeron algunos, así que nada más envié un *email* colectivo dirigido solamente a mis colegas del CIESAS: de aproximadamente ciento cuarenta investigadores con que cuenta la institución, eso sí, distribuidos en varios sitios de la república mexicana (en la ciudad de México estaremos como el 40 %), sólo tres personas me manifestaron claramente su intención de participar en el seminario con asiduidad: de la sede del CIESAS en la ciudad de México, la Dra. Luz Elena Galván Lafarga (historiadora), y de la Unidad Regional Occidente, las doctoras Susan Street (sociología de la educación) y Ma. Teresa Fernández (historiadora). Aunque parezca poco creíble, hacer una buena conexión vía algún recurso electrónico, mes con mes, resultaba un tanto difícil técnicamente; por ello no fue posible que las colegas que viven en Guadalajara formaran parte cotidiana del seminario. Aunado a esta situación, también es cierto que un espacio donde se practica la autoetnografía requiere (esa es mi convicción, la de las participantes y la de una variedad de autores) de la presencia de cada persona, puesto que casi siempre surgen momentos muy emotivos que se desatan al tener como detonante, por ejemplo, los recuerdos del tipo que sean y

prácticamente de manera independiente del tema de que se trate; también sucede con situaciones actuales y muchas veces inesperadas, como desafortunadamente lo atestiguó la querida Luce (la Dra. Luz Elena Galván) que enfermó gravemente en 2018 para fallecer un año después.

Ante el gran éxito de la convocatoria, amplié la invitación (de manera personal), ahora sí, a amigas y académicas de otras instituciones de educación superior con sede en la ciudad de México, algunas de las cuales conozco desde hace muchos años. Finalmente conformamos un grupo de aproximadamente diez mujeres;¹⁵ al igual que en el taller de Marcela Guijosa, un número ideal, y tampoco es que hubiera una exclusión masculina de entrada, simplemente ningún hombre solicitó asistir. Por lo menos el primer año lo dedicamos casi de manera exclusiva a leer textos que, en su mayoría, yo sugería, pues era quien conocía un poco mejor la bibliografía sobre el tema; casi toda la literatura estaba en inglés, tanto de autoetnografía como de las vertientes en las que yo me había interesado por mi cuenta –*narrative inquiry* y *narrative research*–. Esporádicamente hicimos algunos ejercicios de escritura narrativa que yo había llevado a cabo en el taller de Marcela Guijosa, y en compañía de los libros ya mencionados de esta autora, poco a poco fuimos, como dicen, soltando la mano. Para el segundo año, ya nos aventuramos a preparar dos mesas para presentar nuestros primeros trabajos autoetnográficos en el multi-citado congreso de Urbana. Y como sentimos que sí había funcionado la presentación colectiva, es decir, cada quien presentó su ponencia pero enmarcada bajo el paraguas del trabajo que habíamos realizado en el seminario, pues como que nos gustó y hemos asistido juntas a unos pocos congresos más (en México, Estados Unidos y España).

A pesar de que a todas las participantes del referido seminario nos gusta mucho ese espacio, sentimos que aprendemos, y además, nos la pasamos bien (tanto en el aula como fuera, porque a veces hemos llevado a cabo algunas actividades extracurriculares), debo reconocer que, por lo menos en lo que a mí me corresponde, mi sensación es que me

¹⁵ Con las siguientes adscripciones institucionales: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana (Xochimilco, Iztapalapa), El Colegio Mexiquense, Universidad Nacional Autónoma de México, University of California, Education Abroad Program, Campus Ciudad de México, y por supuesto, el CIESAS-Ciudad de México.

he sentido como hace ya bastantes años cuando los estudios de la mujer empezaban su tenaz lucha por formar parte del currículo universitario: sí, adivinaron, otra vez los salmones nadando denodadamente –en principio simplemente para sobrevivir– para remontar las fuertes corrientes contrarias.

Creo que no voy a abundar en la serie de comentarios francamente desagradables, por no decir que agresivos y discriminadores, que he recibido en diferentes sedes de instituciones de educación superior en México por haber elegido una vertiente de investigación cualitativa que a los detractores les parece poco seria o nada científica. No sé si acaso, en un futuro, pueda pasar lo que ha sucedido con la perspectiva de género, es decir, ahora resulta que a veces hasta se ha vuelto un requisito incluirla, por ejemplo, en proyectos de diverso tipo y que abordan los más variados temas, aunque quien la cite a lo mejor ni sabe bien a bien con qué se come... Pero el interés por “la situación de las mujeres” debe notarse. Y ya hoy, por lo menos la palabra *narrativa* aparece por todos lados, desde en los medios de comunicación hasta en los artículos académicos.

Para terminar, quiero reconocer y plasmar mi agradecimiento a todas aquellas colegas que me han alentado en la práctica del nado a contracorriente.

REFERENCIAS

BACHOFEN, Johann Jakob

1861 *El matriarcado: una investigación sobre el carácter religioso y jurídico del matriarcado en el mundo antiguo*. Stuttgart: Krais & Hoffmann.

BARTRA, Eli

2002 “Tres décadas de neofeminismo en México”, en Eli Bartra, Anna Ma. Fernández y Ana Lau, *Feminismo en México, ayer y hoy*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Colección Molinos de Viento 130, 43-82.

1997 “Estudios de la mujer. ¿Un paso adelante, dos pasos atrás?”, *Política y Cultura*, núm. 9 (invierno), 201-214.

BARTRA, Eli, Anna M. Fernández y Ana Lau

2002 *Feminismo en México, ayer y hoy*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Colección Molinos de Viento 130.

BLANCO, Mercedes

2017 “Investigación narrativa y autoetnografía: semejanzas y diferencias”, en Daniel Johnson Mardones (ed.), *Enfoques biográficos en investigación cualitativa*. Colección Investigación Cualitativa. Chile: Escaparate Ediciones, 107-126.

2012 “Autobiografía o autoetnografía?”, *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 38 (enero-abril), 169-178. <<http://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/278>>.

2011 “El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo”, *Revista Latinoamericana de Población*, año 5, núm. 8, 5-31. <<http://revista-relap.org/ojs/index.php/relap/article/view/51/52>>.

2010 “La autoetnografía como escritura terapéutica: adiós al cigarro”, en Carolina Martínez Salgado (comp.), *Por los caminos de la investigación cualitativa. Exploraciones narrativas y reflexiones en el ámbito de la salud*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, 18-40.

1992 “La mujer en el empleo público en México”, en María Luisa Tarrés (comp.), *La voluntad de ser. Mujeres en los noventa*. México: El Colegio de México, 173-194.

BLANCO, Mercedes y Edith Pacheco

2018 “Viaje a China: una exploración de duoautoetnografía”, <https://www.researchgate.net/publication/329974573_Viaje_a_China_Una_Exploracion_de_Duoautoetnografia>.

BRADY, Judy

1972 “I want a wife”, *Ms. The new magazine for women*, primer número (primavera). <<https://www.thecut.com/2017/11/i-want-a-wife-by-judy-brady-syfers-new-york-mag-1971.html>>

CORONA, Yolanda y Maylí Sepúlveda

1989 “Evaluación de una experiencia”, en Orlandina de Oliveira (coord.), *Trabajo, poder y sexualidad*. México: El Colegio de México, Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, 27-50.

- ELDER, Glenn H., Jr.
- 1999 *Children Of The Great Depression. Social change in life experience* [1974]. Boulder, Colorado: Westview Press.
- ENGELS, Friedrich
- 1884 *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado.* Zurich: Verlag der Schweizerischen Volksbuchhandlung.
- FERNÁNDEZ ACEVES, María Teresa
- 2014 *Mujeres en el cambio social en el siglo XX mexicano.* México: Siglo XXI Editores.
- FIRESTONE, Shulamith
- 1971 *The dialectic of sex. The case for feminist revolution.* Nueva York: Bantam.
- FRIEDAN, Betty
- 1977 *The feminine mystique.* Nueva York: Dell.
- GHERT-ZAND, Renee
- 2010 “Remembering the artist behind *Ms.* magazine’s first cover”, *Jewish Women’s Archive*, “Preview issue of *Ms.* magazine front cover, spring 1972” <<https://jwa.org/media/first-cover-of-ms-magazine>>.
- GREER, Germaine
- 1971 *The female eunuch.* Nueva York: McGraw-Hill.
- GUIJOSA, Marcela
- 2004 *Escribir nuestra vida. Ideas para la creación de textos autobiográficos.* México: Paidós.
- GUIJOSA, M. y Berta Hiriart
- 2003 *Taller de escritura creativa.* México: Paidós.
- HIRSCH, Marianne
- 2008 “The Generation of Postmemory”, *Poetics Today*, vol. 29, núm. 1, 103-128.
- MILLET, Kate
- 1970 *Sexual politics.* Nueva York: Doubleday & Company, Inc.
- NAPIKOSKI, Linda
- 2019 “Feminist Consciousness-Raising Groups”, *ThoughtCo.* Consultado el 19 de junio de 2019, <<https://www.thoughtco.com/feminist-consciousness-raising-groups-3528954>>.

PACHECO, José Emilio

2021 “Rap del salmón”, en *Tarde o temprano, [poemas 1958-2009]*. México: Fondo de Cultura Económica, 626-627.

PACHECO, Edith y Mercedes Blanco

1998 “Tres ejes de análisis en la incorporación de la perspectiva de género en los estudios sociodemográficos sobre trabajo urbano en México”, *Revista Papeles de Población*, nueva época, año 4, núm. 15, 73-94.

PEDRERO, Mercedes

2018 *El trabajo y su medición. Mis tiempos. Antología de estudio sobre trabajo y género*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Universidad Nacional Autónoma de México / Miguel Ángel Porrúa.

PEDRERO, Mercedes y Teresa Rendón

1975 *La mujer trabajadora*. México: Instituto Nacional de Estudios del Trabajo.

RICH, Adrienne

1977 *Of woman born. Motherhood as experience and institution*. Nueva York: Bantam.

STEINEM, Gloria

1969 “After Black Power, Women’s Liberation”, *New York Magazine*, 7 de abril, 8-9.

TUÑÓN, Julia

1987 *Mujeres en México: una historia olvidada*. México: Planeta.

